

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO XIV

Valladolid: Noviembre de 1916.

Núm. 167

POR ESPAÑA

(IMPRESIONES DE VIAJE)

MONTSERRAT

Corría el año 880 de nuestra Era; el Imperio de Carlomagno se deshacía desuniéndose sus componentes y resultando de esta desmembración distintos reinos y condados que se erigían independientes en Aragón, Navarra y Cataluña, donde Wifredo el Belloso funda el de Barcelona que, absorbiendo otros más pequeños y de escaso valor, llega á constituir casi un reino que habrá de ser con el tiempo uno de los más preciados cuarteles del escudo de España.

A cuarenta kilómetros de la ciudad condal, se eleva extraña montaña que, aunque relacionada con las demás que la rodean y se extienden hasta el Pirineo, parece como si, intencionadamente, estuviese aislada, cual si mano invisible con titánico esfuerzo la hubiera desgajado del resto de la Sierra para erigirla en monumento que más adelante ha de elegir la Madre del Señor, para asiento de uno de sus más notables tronos.

Al pie de la montaña y á la orilla del Llobregat, que corre á verter sus aguas en el Mediterráneo, se asentaban las casas blanqueadas del pueblo de Monistrol, cuyos habitantes, dedicados al pastoreo, solían apacentar sus rebaños en las jugosas laderas del singular montículo.

Era sábado, la luz del crepúsculo íbase amortiguando, del río ascendían cendales de bruma que en la altura formaban celajes de tonos rosados al reflejar los últimos rayos del sol muriente y, como una plegaria, subían también, rectas y blancas, las columnas del humo de los hogares del pequeño pueblo. Quietud infinita se extiende por el verde valle, solemne silencio va cayendo sobre los campos, túrbale sólo el rumor de las aguas del río y los torrentes que en él mueren y se desprenden saltarines por las profundas hendiduras de los picachos. Poco á poco las sombras de la noche van diluyendo los perfiles del caserío y de las colinas de fantásticas siluetas cónicas, cilíndricas, semejantes á dedos enormes que señalan la altura en que á la pálida luz del crepúsculo van sucediendo las luciérnagas fosforescentes de los astros.

Encuétranse los pastores, recogido el aprisco, consumiendo su pobre refacción, leche sabrosa y moreno pan, cuando hasta ellos llega rumor de cánticos modulados por voces de dulzura infinita que suspende y encanta su ánimo temeroso; de pronto las cumbres de la montaña se iluminan con fulgores de aureola, los sonos de instrumentos delicados y cálidas juveniles voces, se

perciben más claros y cercanos; los pastores, infundida su alma de santo fervor, van en primera peregrinación hasta la gruta de donde la cegadora luz irradia y los salmos parten, y ante su vista atónita, aparece la Santa Imagen de Montserrat, mostrándoles en sus extendidos brazos el cuerpo infantil del Niño que les sonríe.

Póstranse los humildes descubridores y la primera oración brota de humanos labios repercutiendo en las concavidades de la abrupta cueva.

El milagro se repite sucesivamente el sábado de cada semana y el pueblo de Monistrol, requiere al Obispo de Urgel que viene procesionalmente acompañado de clérigos, párrocos y vecinos á orar ante la milagrosa imagen aparecida entre los inaccesibles riscos de la montaña. Reúñese el cabildo y se acuerda la traslación de la Santa Virgen á paraje que por su situación pueda ser más fácilmente visitado, y he aquí, que cuando rodeada de prelados y devotos se intenta mover la imagen, nadie puede desprenderla de la peña en que se asienta, dando así patente prueba de su deseo de ser venerada en los mismos escabrosos parajes en que fué hallada por los pastores.

Piadosos anacoretas pueblan las cercanías de la cueva Santa y hacen sus ermitas de otras tantas cuevas y concavidades diseminadas en las colinas y en chozas levantadas en los altos picachos estériles, y una nueva, alegre sinfonía se une á los rumores del viento entre la fronda, del río que refleja la silueta del monte, del canto de las aves, del balar de los rebaños, cuando á la oración y al mediodía se llaman y responden los esquilonos de las cenobíticas capillas.

Juan Garín, el ermitaño que guarda la venerada efigie, es de todos admirado por su inmenso fervor y la áspera penitencia que hace de su vida mortificando sin duelo su robusta y juvenil naturaleza. Su gran fe, su ejemplar conducta, llevada de boca en boca, llega á oídos del conde Wifredo apenado á la sazón por las obsesiones importunas de Richilda su hija, y deseoso de encontrar calmante á su tortura ruega á Garín se encargue de la dirección y cuidado de la pecadora.

La paz augusta del paraje, el enervante aroma del pino, del romero, el espliego y la mejorana, la soledad que le rodea, su impetuoso espíritu, la belleza sin par de la muchacha, arrastran al pobre ermitaño que en lucha desesperada con sus sentidos sucumbe y hace sucumbir á la doncella confiada á su custodia. Atormentado por el horror de su pecado y deseoso de ocultarle á sus propios ojos, hunde su puñal en la blanca garganta de Richilda que expira en sus brazos y cavando fosa profunda con sus propias uñas, entierra el exánime cuerpo en la gruta que abandona enloquecido del dolor de su arrepentimien-

to. Huye por las asperezas de la montaña cuyas malezas rasgan su sayal y hieren sus carnes, se arrastra por las vertientes, trepa á los picachos desnudos sangrando sus pies con los guijarros de puntiagudas aristas, su alimentación es de raíces y plantas, su veste de harapos que ocultan las guedejas enmarañadas de su cabellera y luegas barbas; su voz se extingue en la garganta y sólo gemidos guturales emiten sus labios, todo él se transfigura perdiendo su humana silueta y como á extraña bestia le da caza Wifredo en las mismas fragosidades que recubren de espesos matorrales las bajas vertientes de Montserrat.

En el patio del palacio se encuentra Juan Garín rodeado de nobles y palaciegos que con atenta curiosidad contemplan tan extraño engendro, mezcla de monstruo y hombre que permanece acurrucado y mudo con hosco ceño y expresión feroz, cuando sobre los murmullos de la atónita concurrencia se alza la voz angelical de tierna criatura que con dulce acento exclama: «Levántate Juan Garín; el Señor te ha perdonado».

La supuesta alimaña se alza del suelo y marcha decidido á arrojarse á las plantas del conde á quien confiesa su doble delito, y Wifredo, pasado su estupor, perdona al arrepentido pecador al considerar que Dios, á quien infinitamente más había ofendido, le concedió su gracia.

Juan Garín, á la cabeza de los nobles y el pueblo entero, acompañado del conde, escala la montaña para desenterrar el cuerpo de la desventurada Richilda y darle cristiana sepultura al amparo de la Virgen; abren la fosa y milagro patente, la malhadada muchacha, nuevo Lázaro, se levanta sonriendo y mostrando en su albo cuello roja banda que señala el lugar por donde penetró el cuchillo homicida.

Para solemnizar tan milagroso suceso el conde Wifredo erige un monasterio á corta distancia de la cueva de la Virgen y á él se retira su hija viviendo vida monacal en honor de su salvadora.

Posteriormente las monjas son sustituidas por padres benedictinos, el primitivo monasterio se amplía y engrandece, santos cual San Ignacio y San Pedro Nolasco vienen á orar ante la imagen de la Moreneta y á sus plantas deposita aquél su acero harto de sarracena sangre.

Reyes y Príncipes deponen sus atributos en los altares de la Virgen y la montaña de Montserrat extiende la fama singular de su milagrosa imagen por todos los confines de la cristiana España.

Mucho antes de llegar á las estribaciones de la dentellada sierra, cuando aún corre el tren por entre los cerros recubiertos de viñedos y roble-

dales que ocultan los castillos y torres de Olesa y Vacarizas, ya nuestra vista se detiene á contemplar los raros picachos que atraen nuestra atención al recortarse erguidos y pelados, como dedos de gigantesca mano que indican el firmamento blanquecino alumbrado por el ténue sol de la tarde.

En Monistrol cambiamos el coche del Norte por el de cremallera que lentamente se pone en marcha, atraviesa el Llobregat por metálico puente y empieza la subida de la pronunciada rampa con acompasadas sacudidas. Bordea los contornos rocosos en que crecen el brezo y el romero perfumando el ambiente con sus intensos aromas y hundiendo sus raíces y tallos en las aguas torrenciales que despeñadas desde la altura bajan saltando en cataratas de espuma por las profundas hendiduras que separan de arriba á abajo las masas calizas, rojas, rosadas, amarillentas, parduzcas, que tan singular aspecto prestan á esta montaña.

El tren va ganando la altura y llega por fin á detenerse ante la explanada del Monasterio á tiempo que el sol trasponiendo los umbrales de su ocaso dora las pirámides más altas mientras las sombras se adueñan de los valles y los barrancos. La campana de la Basílica voltea sin cesar llamando á los peregrinos al Rosario y atraídos por su plácido son, acudimos á su solicitud.

Atravesamos el viejo claustro gótico de arcos apuntados sostenidos por esbeltas columnas rematadas en caprichosos capiteles, cruzamos el amplio patio y penetramos en el templo en cuyo presbiterio, infinitas candelas parpadean inundando de su luz amarillenta las columnas de mármoles y jaspes, los dorados capiteles, los frescos de sus paredes, las imágenes de santos, guerreros y obispos. Resplandecen las ricas joyas, destellos y reflejos despiden las bruñidas lámparas argénteas y la barandilla pulida, una gama de colores se extiende por las grecas y arabescos, festones y molduras que recubren los costados del presbiterio y en medio de tanta luz y luces tantas la venerada imagen se muestra en la altura recubierta de ricas vestiduras de cuyas pedrerías y bordados arrancan fulgores é irisaciones las luminarias.

Un órgano de suaves armonías desgrana la sinfonía de sus arpegios por los ámbitos de la inmensa nave, y las voces puras de los infantiles cantores de la Escolanía se elevan dulces entonando la plegaria *Salve regina mater*.

La mañana es hermosa, caliente el sol y con sus rayos va diluyendo las brumas que del río se levantan y se esfuman en el infinito. Poco á

poco, fatigosamente, vamos escalando la altura por el cauce seco de una torrencera ahuyentando el rumor de nuestras pisadas las inquietas lagartijas que toman el sol sobre las pulidas piedras desprendidas de la trinchera, y las aves mil que gorjean en las intrincadas florestas de la arboleda; los paisajes se suceden sin interrupción, aquí es el espeso matorral que nos cierra el paso y atravesamos por túnel de hojarasca que nunca penetró la luz del sol, enormes peñascos gravitan sobre nuestras cabezas amenazando desprenderse y sepultarnos, hendiduras sin fondo aparente se abren á nuestros pies y allá en la oscuridad de su sima se escucha el rumor de las aguas que pugnan por romper tan estrecho cauce.

Panoramas indescritibles de la montaña se ofrecen á nuestra vista masas enormes de tonalidades rosadas, como humana carne, festoneadas de una vegetación salvaje, exuberante; encinas, enebros, madroños, entrelazan sus ramajes y sus troncos se elevan sobre los tallos sinuosos del romero y el abrotano; olores campestres, gratos de espliego y mejorana impregnan el ambiente, y entre matas, arbustos, bosques y peladas rocas á las que se adhieren los líquenes verdosos y rojizos, subimos y subimos por las gradas naturales que forma la especial constitución del conglomerado.

Desembocamos por fin en una explanada libre de arbolado en la que losas enormes de resbaladiza piedra aparecen entre el cespced menudo de una vegetación ya raquítica. A uno de los extremos se eleva férrea cruz protegida de un pararrayos y á su alrededor una barandilla en semicírculo sirve al viajero para contemplar libre de peligro, el más hermoso cuadro que imaginar pudiera. La roca, enorme, pelada, baja casi perpendicular y de repente desaparece bajo sí misma formando la gruta de la aparición. Más abajo salta el Llobregat reflejando en sus aguas el caserío blanco de Monistrol y las verdes colinas que limitan su cauce; á nuestras plantas se marca el camino sinuoso de la cueva, jalonado aquí y allá por los misterios del Rosario esculpidos en mármoles y jaspes, forjados en hierros y bronce, dibujados por azulejos magistralmente trazados, simbolizando la fe y el fervor de los catalanes que derrochan el oro trabajosamente logrado con su constancia é inteligencia en labrar una obra sublime, hermosa, que ofrendar á la Moreneta su excelsa Patrona.

A nuestra espalda otros picachos se hierguen altivos, dominantes y dominados todos por el turó de S. Jerónimo que atalaya las más apartadas lejanías. Por todas partes verdes lujuriantes, desde el negruzco de las encinas hasta el pálido alegre de los prados cubiertos de abundantes pastos.

Las zarzas y los rosales salvajes tapizan las vertientes de los peñascos y alegran la vista con las corolas polícoras de sus flores. Cada resquebrajadura es una cascada por la que salta el agua en burbujeante espuma.

A la izquierda se suceden las lomas cada vez más grises, más azuladas hasta las del Monseny y detrás aún cierra el horizonte la masa enorme de los Pirineos cuyas crestas nevadas brillan al sol delimitando Cataluña y con ella España.

Y en fin, al frente, hacia la izquierda entre los cerros verdosos por donde serpea el río y junto á él el ferrocarril, llega á columbrarse muy lejos en un horizonte casi imperceptible la línea azulada del Mediterráneo que envía su saludo á la montaña singular en la fresca brisa que acaricia nuestros rostros sofocados.

Mediodía, las campanas de la Basílica lanzan al azul sus sonoros acentos que se extienden por toda la montaña repercutiendo en cada barranco, en cada hondonada, y al devolver el eco su sonido se mezcla á las notas de la plegaria que entonan los jóvenes cantores acompañados de las melodías del órgano que llegan á la altura en que posamos difusas, diluidas, revueltas, en desconocida, sublime sinfonía, con los rumores del viento, de los arroyos que ruedan por la pendiente, del río que los recibe, de los pájaros que cruzan zigzagueantes, de los millares de insectos que zumban en la maleza, del tren de montaña que asciende serpeando agarrándose á la áspera vertiente con titánico esfuerzo.

LUIS BERTRÁN Y CASTILLO

LA FASTIGINIA

(Continuación) ⁽¹⁾

Con mucho gusto cuento otra costumbre, verdaderamente noble, y para confusión nuestra, y es que ningún castellano noble sabe qué cosa es jurar. Ya los Santos Evangelios, Nuestra Señora, no se nombran sino para respeto; y así en Portugal se tiene por bizzaría y en Castilla es infamia: ningún hidalgo ni mujer jura, sino los pícaros y soldados. Voy viendo que diréis que ha de salir canonizada de mis manos la moza, según sus muchas virtudes, y que esto es más vida ejemplar de religiosa santa que información de novia y dama cortesana, y que si no es para llevarla al convento de las arrepentidas, no halláis disculpa á mi sermón.

Ahora, haced cuenta que son honras con que entierro sus virtudes, y ahora que la tenemos casada ella descubrirá sus faltas y costumbres, que en ella son señales en el rostro, de ojos verdes, que para la corte la hacen hermosa; mas antes que entre con ella en su retrete (2), oid tres paradojas verdaderísimas.

La primera, apartada de la opinión que tenemos de Valladolid, es que allí no hay bubas, ni

en toda Castilla, en comparación de las nuestras y muy raramente se verá persona desfigurada con señales en el rostro ó nariz, sino todos colorados, bien dispuestos y gentiles hombres. No digo que no las hubiera, más crueles que acá; mas de igual modo que vemos que la peste da con fuerza, y después va aflojando, y otra vez entra con fuerza donde se va pegando de nuevo, así este mal francés se fué pasando de las Indias á Francia, de Francia á Castilla, de Castilla á Portugal, y por la regla que *translata profuit arbor*, fué disminuyendo la violencia y ponzoña del mal en Castilla y reverdeciendo en Portugal; y así no veo quejas de bubas, tumores y semejantes males, y cúranse fácilmente.

La segunda, que en Castilla los clérigos y frailes solamente llevan barba, y los clérigos todos andan rapados (1), sin dejarse más que una

(1) Sin duda en la primera línea sobra la palabra clérigos.

Cristóbal de Villalón, en su *Viaje de Turquía*, escribe lo siguiente:

«*Pedro*.—Muchas cosas hay por allá que acá no las usan; todos los clérigos y frailes traen barbas largas, y lo tienen por más honestidad...

Juan.—Eso de las barbas me parece mal y deshonesto cosa. Dios bendijo la honestidad de los sacerdotes de España con sus barbas raídas cada semana.»

(1) Véanse los números 123 á 125, 127, 128, 131, 133 á 136, 138, 140, 143, 145, 147 á 153, 157, 158, 160, 162 á 166.

(2) Sabido es que esta palabra no tenía la significación de hoy. Era la estancia más apartada de la casa.

pestaña, por señal que allí hubo barba, y rápanse cada día; y, por el contrario, no hay clérigo ni fraile que ponga la navaja en el rostro (1), antes llevan el cabello de un dedo. Y es disparate andar al contrario de lo que cada uno profesa.

Andar rapados los eclesiásticos tomaron por costumbre para honrar la afrenta que se hizo á S. Pedro de Antioquía, rapándole la barba y la corona, en señal del reino y sacerdocio, ó de la de Cristo Nuestro Señor, que también lo dicen los sagrados doctores; y en Roma los culpados aparecían en juicio con la barba rapada, y después por autoridad la comenzaron los papas y sacerdotes. Y hallo mucha gracia á nuestra inclinación de andar siempre al revés y por honra y cortesía, no en el traje, sino en diferenciarse de los otros. En Enero confitados, en Mayo figuras de azúcar, por Navidad los confitados otra vez.

De manera que anda á lo cortesano aquel que comienza á andar fuera de costumbre: manteos pequeñitos, luego gorgueras y de allí á un mes las lechuguillas. Nadie trae verdugadas hoy en Castilla, las damas comienzan á andar en cabello y las otras vuelven ya á los periquitos.

El gaitero de Coimbra y Matías da Silva anduvieron en Roma con las barbas rapadas, y, para volver á casa, las dejaron crecer, siendo italianos en Portugal. ¿Para qué más? Yo, que soy tan discretísimo, nunca llevé manteos abiertos: tentóme el diablo ahora que me voy y compré cuatro por 8.000 reis, para aparecer enrollado y hablar por los codos.

Mas anden ellos enhorabuena con sus barbas, que se privaron del mayor privilegio que tienen los clérigos, que es andar rapados; porque oí yo que fueron cuatro las maldiciones que entraron con el pecado de Adán, á saber: corcovas y potras, reglas de las mujeres y barbas de los hombres. Añadiréles yo el trabajo de llevar espadas, que es la mayor impertinencia de la tierra. Los borrachos serán de contraria opinión, que beben y chupan, y de ahí dicen que se llaman los bigotes.

La otra es que en Valladolid ni hay borrachos, ni vi allí nunca pícaros, ni matones, ni espadachines, ni rufianes, ni embozados, ni valentones, ni nocturnos, ni escondidos, ni Fontes, ni Amaros da Costa (2). Cada uno trata de vivir para sí y no matar á los otros, porque los pone un Alcalde de Corte sobre un borrico y danles quinientos azotes; y, si huyen, córtanles la mano y acabóse el Fontes y el Buzaranha en Portugal. Guárdanlos para una ocasión en que acompañen la nao *San Valentín*.

Ahora, pues la carne es la que tiene primer lugar en los manjares de Castilla, comencemos por ella nuestra sátira. Y digo que hay mucha disolución en toda la materia de carne, porque la comen con muy poca ocasión, sin licencia de médico ni confesor; y lo hacen por lo amigos que son de la vida, en lo que ellos tienen más disculpa por lo buena que la llevan, que con razón solamente ellos pueden decir, con Fernán Gomes da Grana, cuando murió: «Ah rapazes. ¡Que mundo vos cá fica!»

La segunda cosa y la más notable que en esta materia hay en Castilla es comer grosura y menudillos los sábados, sin bula alguna del Papa, sin más que la costumbre inmemorial y la tolerancia de los Sumos Pontífices, con que se justifica; y son los menudillos de un puerco, tocino, cabeza, pescuezo, lomos, pies, manos, rabo, asadura y todo lo demás de dentro; de suerte que decía un villano de Cantalapedra que su vicario, porque no le cansasen con escrúpulos en las confesiones, tenía advertido que comiesen todo el puerco. Y así comen la cabeza y el pescuezo de una ternera ó de un buey, y los pies, asadura, riñones y criadillas, y el día más regalado es el sábado.

Y porque *erubescimus cum sine lege loquimur*, os mostraré por autoridades cuáles son las cosas que caen bajo el nombre de grosura y menudillos, para que no caigáis en error cuando aquí os halléis; y primeramente entre los modernos doña Margarita de Castro, descomponiéndose un amigo nuestro un sábado con ella, le dijo: «Hermano, en sábado contentar con menudillos, pies, manecillas y lengua, al fin guisadillo de sábado, y no quebrar el ayuno» (1).

(1) En castellano.

Esta costumbre de comer *grosura* los sábados era ya antigua en España. (V. *El yantar de Alonso Quijano el Bueno*, por D. Francisco Rodríguez Marín, pág. 25).

Paréceme que no es posible separar estos *guisadillos* semanales de los consabidos *duelos* y *quebrantos*. Probablemente eran una misma cosa, aunque los *duelos* y *quebrantos* pudieran añadirse con huevos y torreznos. No andaba, pues, equivocado Lope de Vega cuando decía en *Las bizarrías de Belisa*:

Esa mujer
Que habéis perdido, escudero,
Está en casa con Octavio,
Almorzando unos torreznos
Con sus duelos y quebrantos.

Entiendo que D. Juan Antonio Pellicer estaba bien informado al decir que «era costumbre en algunos lugares de la Mancha traer los pastores á casa de sus amos las reses que entre semana se morían, ó que de cualquier otro modo se desgraciaban, de cuyos huesos quebrantados y de los extremos de las mismas reses se componía la olla en tiempo en que no se permitía en los reinos de Castilla comer los sábados de las demás partes de ellas», y que

(1) Esto en Portugal, sin duda.

(2) Famosos *jaques* portugueses.

Explicándose más este artículo en una disputa ó coloquio del Prado, pasando nosotros por un coche, donde una rebozada tenía las manos, por hermosas, sin guantes, dijo Constantino de Menelao para ella: «¡Y qué guisadillos sé yo hacer con unas manecillas como estas para un sábado!». Respondió una: «¡Y qué lindos los sabe hacer esta dama de una lengua, que se lamerán los dedos!». Acudió otro de nosotros: «¿Y qué dicen V. Mds á la asadura? ¿Hay mejor bocado?». Respondió: «Vale más que los cuatro cuartos, que no valen nada sin ella» (1).

Estando yo, un viernes, en el Capítulo del Carmen, y mucha gente, que había procesión, hablaba con una mujer hermosa, mas tan grande como la pandorga de Bitesga, y, pasando unas castellanas que no hallaban lugar, dijonos una: «Sebo y grosura para mañana, y no nos quiten el camino, que no es su día» (2). Llamándome á mí sebo y á la otra tocino. *Ex antiquioribus.*

D. José de Cardona, menino de la reina, de 20 años, aragonés é hijo de un gran señor, es muy simple, y otros mozalbetes le metieron en la cabeza que sirviese á la señora doña María Sidonia, que entonces era dama favorita de la reina y ahora condesa de Barajas. Ella, por galantear, un día le pidió unas bergamotas que sabía que no se hallarían. Fué al frutero del Rey, que, después de afirmarle que no las tenía, por zumbiar con él, le dijo: «Mas vea V. Md. si quiere la señora doña María dos turmas, que ya puede ser que guste más dellas.» Y preguntando «si era buena fruta», le dijo «que muy linda, y de Aragón.»

Y hase de suponer que como tenemos uvas que se llaman corazón de gallo, hay peras que se llaman turmas. Fuése el D. José á D.^a María y la dijo: «Señora, no fué posible descubrir las bergamotas, mas, si vuestra señoría gustase de dos turmas, se las traeré, que son mejores, y gusta la Reina dellas.»

El guardadamas le dijo: «Mirad enhoramala, D. Jusepe, cómo habláis, que os haré azotar.» Replicó: «Digo verdad, que son turmas de Aragón y las guarda el frutero para la Reina.» Contómé D. Cosme Zapata que anduvieron las damas ocho días muriendo de risa, de suerte que la Reina, al comer, insistía con ellas que la dijesen la causa, y que D.^a María mandó á una muchacha que se lo contase, y que, con la risa, no

comió más bocado; y decían unas á otras si querían fruta de Su Majestad ó de D. Jusepe. Y, ya que hablamos de comer, diré lo que allí observamos.

Los mantenimientos de allí son de mucha menos sustancia y más porosos y la carne fofa, y pesa menos y sustenta poco, como queda dicho; y así, comen carne tres ó cuatro veces al día y su azúcar rozado por la mañana, torreznos, pasteles, turmas y cosa que lleve el gato, y hasta en la color de la carne se ve que es más gruesa, y toda la carne gorda tiene menos sangre, como los hombres magros vemos que son más sanguíneos.

De aquí se sigue que el modo de curar y las dietas de Castilla son solemnísimas, porque en los primeros días de pleuresía dan luego gallina y carnero, pocas veces lo niegan, y por la noche ave asada, y huevos nunca los niegan; y en las fiebres, bizcochos de huevos y pancacas, que son sopas torradas con manteca, melocotones asados y peras, y así me curaron de mi tabardillo.

Las sangrías, por casualidad pasan de tres: dos en un día nunca se dan. Los jaropes y purgas son suavísimos, porque lo ordinario es una onza de jarope, echado en una vasija en dos de agua de lengua de vaca y puesto á serenar, que es la mayor recreación que tiene el enfermo; y aún tengo recuerdos de tales jaropes. Lo cual se hace todo como á naturalezas más flacas y mantenimientos que tienen menos sustancia.

A mí me dijo un médico del Rey que en Portugal curara de otra manera, como á naturalezas de aires y mantenimientos más fuertes. Vemos esto en que los hombres son menos hombres, más castos, y con menos trabajo y contradicción de carne vence el espíritu; y esto es cosa que todos los portugueses confiesan, porque, ó sea por las razones naturales que hemos dicho ó por la facilidad y llaneza de trato y conversación, y que unas ocasiones no dejan asir con eficacia á las otras, ni criar raíces, y también el corazón distraído en muchos objetos y pasatiempos, no se aplica con eficacia á los particulares, la verdad es que aquí no hay amor grande, ni quien le tiene se cansa por alcanzar más que la voluntad, ni quien la alcanza hace ventaja de hombre hambriento. *Sit fides penes auctores.*

Es la gente de Valladolid fácil en la conversación, apacible en el trato, lucida en las personas, aguda y graciosa en las palabras y bien inclinada en todo su proceder, y gente verdaderamente cortesana en las obras y razones, muy amigos de llevar buena vida y de comer y vestir larga y espléndidamente y siempre con alegría, avarientos en el adquirir y pródigos en el gastar; págan-

«esta comida se llamaba *duelos y quebrantos*, con alusión al sentimiento que causaba á los dueños el menoscabo de su ganado y el quebrantamiento de los huesos.» Véase un artículo de R. García-Plata, en la revista *Cádiz-San Fernando* de 30 Julio 1916.

(1) En castellano el diálogo.

(2) En castellano.

se y se pagan con igual largueza, porque son Hircanos en cobrar y Alejandro en derrochar: así no hay cosa más cara ni más barata que el dinero. Y al contrario de Midas, en cuanto no les llega á las manos, tiene precio en ellas, es oro de duendes, que se les torna en carbón.

El zapatero y el sastre es el primero que lleva el salmón á cinco reales y las truchas á cuatro, y su nieve para el vino de tres y medio, y toda su renta á cuestras, porque no hay oficial que tenga más raíces que su aguja ó caja, y por esto los señores de Castilla son tan ricos, porque las tierras todas son suyas y de sus labradores, que no hay en Portugal quien no dé su viña ú olivar en dote con su Briolanja (1), y no hay oficial en Castilla que dé otra raíz más que su dedal en dote á su D.^a Gosmia de Muñatones.

Y contestóme un barbero, por naturaleza y oficio retórico, sobre que, llamándolos yo holgazanes, que no trataban de adquirir para dar dotes á los hijos, respondió: «Oiga V. Md. dos razones con que hice callar á otro caballero, tan engañado como V. Md., que ha estado dos años en Portugal con el Rey. Allá en Portugal con sus viñas ellos viven muriendo de hambre, rotos y desgarrados: así vivieron sus padres y han de morir sus hijos. Yo ando como V. Md. ve, mi mujer no la trae mejor el Conde de Benavente, tengo dos hijas casadas, sin viña ni olivedo, que andan como reinas: así vivió mi padre y han de vivir mis hijos, Dios queriendo. Pues, ¿por qué he de querer vivir roto con la viña, y no harto y arropado sin ella? Viva la industria de la persona, que quien no tiene raíz fía en Dios y busca remedio, y él no falta, que no faltó á mis dueños ni ha de faltar á mis nietos; y si no, á morir á Flandes, y no cavar viña con los ganapanes» (2).

Y así, las mujeres siguen la misma ley, y toda su riqueza es sus vestidos y cadenas, y su Dios su gusto, no perder domingo sin huerta, ni huerta sin merienda, y ahórquese el diablo; y poco lugar tenían aquí las mujeres peonías, de quien cuenta Eliano que las vió Alejandro, espantándose de verlas llevar los hijos en un cendal é hilar con la rueca y llevar el caballo del marido á beber; y quien se espantó de verlas un cántaro á la cabeza, sin echarle mano, más se espantara si las viera en la ribera ir juntamente hilando, como es ordinario.

Con esta libertad que han adquirido, si un hombre quisiera reformar la casa, la echará á

perder, viviendo en perpetua guerra, pues no ha de imponer en su casa los preceptos que no tienen las vecinas, ni parece mal por la costumbre que hay, ir las mujeres á holgar sin pedir licencia é ir á negociar todo á todas las horas y tomar el manto sin decir dónde va, mas que «voy á lo que me importa».

No puedo yo alabar esto, pues hasta la señora Angélica dice que «si bien, en efecto, yo no pequé, á que digan doy ocasión, que basta que siendo vagamunda, no soy casta, pues la mujer y la gallina», etc. Mas síguese un grande bien para ellas, que es vivir con gusto, que es lo que quieren, y sin celos, que no conocen, porque como ellas van por donde quieren, les es necesario vivir á la buena fe, sin mal engaño, pues no ha de andar al rabo suyo; y así no tienen lugar los celos y aprovechéanse ellas de suerte de esta costumbre que no quieren salir á las aventuras sino con Marfisa, sin compañía de varón.

Y porque un hidalgo de esta ciudad anda casi siempre con la mujer en el coche, los llaman los Reyes Católicos, que no se nombra uno sin el otro. Y aunque van con ellos, no dejan de decir sus dichos, y así, como maliciosos, cuando veíamos alguna que no respondía ó bajaba los ojos, luego entendíamos que el que iba con ella era galán y no marido.

Una vez se me recuerda que, volviendo á casa, encontramos unas mujeres que venían de Sancti Spiritus y fuimos hablando con ellas por el Campo; y llegando el marido de una de ellas nos dijo que disimulásemos y dijo uno de nosotros: «V. Mds. quedan bien acompañadas: vean si hay en qué las sirvamos». Y ellas respondieron «que no habían tenido mejor tarde»; y el marido agradeció el acompañamiento.

Y un día de estos, yendo en el coche con una doña María, que al encontrarla me pidió la llevase á casa, y era bien fea, á la vuelta encontramos al marido, que era letrado, con otros tres ó cuatro, y dijo ella: «¡Hola! yo voy acá». Preguntando de dónde venía, respondió: «De holgarme con un galán que aquí llevo conmigo». Y él: «Pues buen provecho le haga, que lleva una linda joya.» Y dijo uno de los otros: «Vénguenos V. Md. del galán en dejarse allá quedar hasta la mañana, aunque su cara de mi señora doña María defiende su posada» (1). Y afirmo que todo pasa así, á la verdad.

Ved ahora dónde caben aquí los celos, pues ha de haber esta libertad poco más ó menos, y si es necesario para convencer del delito de adulterio que concurren todas las presunciones del Derecho Canónico—*solus cum sola, in eodem lecto*,

(1) Alusión á la Briolanja del *Amadís de Gaula*.— Quiere decir que en Portugal las mujeres más humildes llevaban su dote, cosa que no sucedía en Castilla con las más encopetadas.

(2) En castellano.

(1) En castellano el diálogo.

sub eodem tecto,—pues aunque un hombre sepa que su mujer está merendando en una huerta con unos hidalgos, ú os vea en un coche, dice que fueron á picardear, ó que fué con otras amigas, como siempre, y que zumba de él, porque le da joyas.

Y, como esto es lícito, ó por lo menos no es pecado capital, cállanse los testigos, por no llevar el premio del cuervo, y responden que bien saben lo que tienen en sus mujeres. Y tanto es así que yo ví una madre y hermana decir á un alguacil con cólera: «Que eres un infame, que yo mismo ví, gran cornudo, la traición que te hace tu mujer, y fuí á merendar con ella»; y él respondió: «Yo sé quién es Margarita, y á fe que no iría ella sin vos, y tal fuera vuestra hija como ella» (1). Y la vieja decía verdad, que ella misma llevaba la moza á las meriendas y la reprehendía si no favorecía al galán, y lo mismo la cuñada.

Y cada día vemos que delante de las criadas, criados y cocheros, hacen cuantas desenvolturas quieren, y ellos muy fácilmente dicen quién las sirve, y no hay encubrir de ningún amigo, ni criado del galán, y aun nada hay de murmurar, así porque es moneda que corre, como porque no se hace caso de ello, y están moliendo á las criadas y echándolas de casa el mismo día en que fueron testigos y partes, sin haber quien parle, que es grande alivio de caminantes.

He de contaros lo que me contaron de Lope García, y es que recogiendo un amigo á la mujer doña Juana el cofre de los vestidos y joyas que la había dado, vino él á tomar á otro por tercero, diciendo: «Diga V. Md. al señor Antonio que los vestidos de doña Juana se los envíe, que, si debe alguna cosa, lo pagará, que no dé que sospechar, porque si tal pensase, once brazos debajo de la tierra le fuera á desenterrar; mas que es mi amigo y sé que no trata mi deshonor.» Y, volviendo otro día, dijo: «Ea, señor, entendámonos. ¿Qué quiere el señor Antonio? Juro á Dios que esto es ya cornudo y apaleado. Vuelva sus joyas á doña Juana, que ni es de amigo ni de caballero volvérselas á tomar.»

Síguese de este mal un bien, que es andar la gente siempre alegre y con la cara llena de risa y no con nuestras carantoñas, vicio del diablo y de los precitos, pues nunca pintor pintó hereje ni diablo de buen talante. Y así, cuando Dios vió á Caín, las palabras que le dijo fueron: *Quare decidit vultus tuus?* Porque andas con el rostro bajo y cargado, que parece que traes la muerte á cuestras y pareces portugués ó azotado. Y, á la verdad, en Castilla no pesan tanto los cuernos,

y en Portugal sólo de la sombra andan los hombres espantados y con la honra á cuestras, que es la más pesada carga y más contraria á la ley de Dios y buena filosofía que hay en el mundo, destrucción del descanso, paz y sosiego de la república, peste arrojada en el mundo para su confusión. Dejo los puntillos y la honra verdadera, que es la mayor riqueza que el hombre posee.

Mas, como estas cosas todas son opinión y no sustancia, paréceme despropósito andarse la gente cargando de peso tan insufrible en lo que se puede excusar; y así apruebo la confianza con que la gente vive, mas no la soltura, la libertad y la desvergüenza. Ser dama, mas no puta; ser confiado, mas no preciarse de cornudo; ser muy especulativo y lince en las cosas de las mujeres, mas no ser cómplice y participe como el macho cabrío en sus puterías, en que algunos son condueños.

Síguese otro bien de esta confianza, que es la paz entre la mujer y marido, no oír cada día ruidos y hocicos rotos, con lo que no se enmiendan las casas y se sacan las faltas á la plaza. Y lo que sé es que el provecho que se saca de estas sus diligencias es haber más hombres afrentados por cornudos en Portugal que en Castilla, porque los unos lo encubren, los otros lo pregonan. Y, como decía Ganasa (1), es una de las tres cosas por que los hombres se desvelan mucho por hallarlas y se enfadan después de averiguarlas. Y así no hay muertes de mujeres sino raramente.

Dirán á esto que todos son cornudos y las portuguesas virtuosas y honradas. Yo así lo entiendo; mas sé que fian ellos más de las suyas que nosotros de las nuestras, que hay menos mujeres infamadas y menos hombres afrentados, porque nadie lo quiere saber.

En fin, viven con gusto, estimándolas y honrándolas como compañeras, pues si él es su marido, ella es su mujer, y no hay ponerlas la mano sino para regalarlas. Y por aquí veréis la poca razón que tuvo en su paradoja Juan Dessondes, probando que el arte vence á la naturaleza. Ved lo que conté á los 24 de Junio y 27 de Mayo, bien conoceréis á Juan: pues sabed que, al entrar en casa, halló entornado el cuarto, y oyendo ladrones debajo de la cama, le dió dos estocadas á un sobrino del embajador de Saboya, con lo que le hizo dos chirlos en la cabeza, como valeroso portugués, donde puso unos emplastos y al otro día paseábale por la puerta, y dos meses llevó el remiendo y le llaman *el herido del portugués*.

(1) En castellano.

(1) El cómico italiano Alberto Ganasa.

La mujer se acogió á un convento de monjas, mas mandó luego por ella, porque supo que el enamorado iba por una mulata portuguesa y no por la mujer, que es muy honrada, y así acudió por su honra el valeroso portugués: tal sea su vida.

A la puerta de los portugueses aconteció la desgracia del conde de Saldaña; conté de la portuguesa que iba á buscar á Borges; de la Almeida y de la Catalina de Lope García y otros famosos portugueses. En Castilla lo hicieron, mas porque esta crónica no es de Portugal, sino de Castilla, volviendo al tema, concluyo el sermón con la principal excelencia y virtud de Castilla, que, como piedra y perla sin precio, guardé para engastarla en esta joya.

Y es no haber en ella envidia ni murmuración. Todos se honran, todos huelgan con el bien ajeno, no saben qué cosa es espiar faltas ni descubrir los defectos de los vecinos, y así, totalmente desconocen la murmuración y aborrecen á los maldicientes, ni es conversación de que reciben gusto.

Y así, la nobleza de los castellanos en esta parte es grandísima y merecedora de ser perpetuamente envidiada é imitada de nosotros. Y por esta virtud hace Dios tanta merced á esta gente y merecen olvidarse otros vicios suyos, por grandes que sean. Pues esta largueza de ánimo es verdaderamente condición de ánimo grandioso y real, de que David daba gracias á Dios, en cuanto dijo: *Dilatasti, tu, Domine, cor meum.*

Y, en efecto, hacer bien es propio de Dios; holgar con el bien ajeno sin pena propia, estado de los bienaventurados; entristecerse con él, oficio del diablo y propio de la envidia, vicio abominable y natural de gente baja y mezquina, que mide su ventura por la desventura ajena y en tanto estima su bien en cuanto excede á los otros, como si no estuviera en lo que posee, sino en lo que quita.

Afrentosa honra verdaderamente, pues no conoce otro origen sino el desprecio y afrenta ajena y no nace de mis obras, sino de las faltas de los demás. Decimos de los castellanos que, preguntando *¿quién es aquel hombre?* responden: «Es un principalísimo caballero, que tiene un vecino que tiene veinte mil dineros de renta» (1). Y sabemos de los portugueses que luego responden: «¿Le veis allí? Pues es cuarto nieto de uno que llamaron el Farsas, que fué tataranieta del mayor cornudo de Lisboa.» Y no se acuerdan de hermanos, padres y abuelos nobilísimos; cigüeñas y arañas ponzoñosas que, olvidadas de las flores, andan buscando la pudrición en que

se deleitan. Es tan natural este vicio en nosotros que hasta á mí me obliga á quejarme y decir mal de los míos, como portugués, por salir la astilla al palo.

Y es tan gran bien esta condición y trato de la gente y libertad de la tierra, que prepondera sobre todos los defectos de ella; porque, á la verdad,

la libertad es tesoro
que jamás no fué comprado
con ninguna plata ni oro.

Y así hasta los animales, gobernándose por la naturaleza é instinto natural, quieren antes perder la vida que vivir cautivos. El pajarillo mimado en la jaula, en pudiendo abrirse camino, busca, con el deseo de la libertad, aunque á costa de la hartura descansada, la sequedad y trabajo del desierto.

La esclava, sentada en las almohadas de su señora, sin otro trabajo más que la ociosidad y cuidado de cuidarla á ella y de adornarse á sí misma, clama que quiere ser libre, para andar descalza de pie y pierna, y en lugar de los guantes olorosos, andar acarreado inmundicias de Lisboa.

Y no es esto falta de entendimiento, sino impulso razonable de la naturaleza, pues de ser mío á no ser, va perder parte de mi propio sér, cosa tan contraria á la naturaleza que ni los mismos perversos, según oí, quieren dejar de ser.

Esta diferencia hay de nuestra vida á la de Castilla: allí somos cautivos, y tantos vecinos tenemos, otros tantos señores tiranos reconocemos, que nos miran por nuestros pasos y pensamientos. Vivimos allí en sujeción de padrastrós injustos y aquí entre hermanos amigos, que disimulan el mal y nos celebran el bien. Y así, recuerdo que en un testamento que hizo un amigo á la despedida de Valladolid, en el codicilo que le agregó, una cláusula decía así:

«Y viendo yo que no me fué posible dilatar más esta última hora á que voy llegando y que este despacho mío más me queda siendo *pena peccati* que satisfacción de servicios, pues me sirve de sentencia de destierro y no de descanso de vida, y acordándome que me voy para aquel valle de lágrimas, donde no saben más que gemir y llorar, y que me he de ver en aquel universal y tremendo juicio de cuantas verduleras, vecinas, matones y vagos hay en Lisboa, donde de todos mis pasos, pensamientos y palabras he de dar residencia al necio y al sesudo, y desde Martín Gonçalves hasta Gonzalo Martín, y acordándome además que en cada pariente y criado crió un Catón Censorino,

(1) En castellano.

que me ha de hacer de la virtud necesidad, de la triaca ponzoña y del pecado hidra, sujeto á las lenguas de los escorpiones, ojos de basiliscos, inconstancia de camaleones, engaños de esfinges, con caras de doncellas y rabos de serpiente, que, como perros medrosos, huyen por delante y ladran por detrás; topos para ver el bien y linceos para vislumbrar el mal, Edipos para interpretar los pensamientos y Eacos para censurar las obras; Manlios y Póstumos en el rigor de sus imperios: viendo que me destierro del Prado para calabozo, del Espolón para Cata-que-farás, de la capa para el capuz, de la gala para la bayeta y de las medias y ligas para los zapatos:—Primeramente, los bienes, gananciales y adquiridos, que fuí granjeando, yéndome desbastando, aprendiendo cortesía, facilidad, buen agasajo y alegría en lugar de soberbia, envidia, mala educación y murmuración: estos los llevo todos á mi patria, como necesitada de ellos, etc.»

En pago de esta libertad y nobleza de condición, dieron las damas en una picardía que las hace á veces pesadas y menos agradables, porque, acordándose del consejo del Evangelio *petite et accipietis ut gaudium vestrum sit plenum*, tienen por galantería pedir siempre, sin qué ni para qué, y precíanse de ello, ó por la devoción que tienen á San Juan Boca-de-Oro (1), ó por ver que las estiman y hacen caso de ellas. Y así las cuadra lo que se dice de los clérigos, que todas sus oraciones comienzan por *da nobis* y *presta nobis*, y todo para *nobis*, y todos sus sermones acaban: *quam mihi et vobis*, préstame dineros.

Verdad es que no ponen cara la compra ni se desavienen en el precio, mas ellas han de pedir, sea dulces, sea fruta, sea pasteles. Bueno es lo que Dios da: *et quod venit ad me non ejiciam foras*; mas sus palabras son de San Pedro Crisólogo, *Razones de Oro*: que poco, que mucho, *non apparebis vacuus ante Dominum Deum tuum*; y todo ha de ser por su justo precio.

Mas es suave este yugo y leve la carga, así porque son buenas de contentar, como porque no se enojan aunque las mintáis ó zumbéis de ellas; y también con la misma voluntad os convidan, de suerte que si bien lo dicen, mejor lo hacen; y todo les es necesario para sus faldellines, que es toda su riqueza y gala de que se precian; que mozas y viejas llevan con dos palmos de randa de oro, y es su lenguaje que como una mujer lleve buenos bajos, ande vestida de lo que quisiere, porque cuanto más cerca del tesoro, tanto más descubre su riqueza, que es satisfacer al corazón sin engaño de los ojos.

Estas son las dos joyas que hacen á Valladolid sin precio: mucha libertad y ninguna envidia. Y, cierto, si Lisboa poseyera este bien y fuera habitada de castellanos ó de indios, ó de cafres, fuera la mejor tierra que cubre el sol; mas ¿qué aprovechan los jardines al cautivo que no puede gozar de ellos sino de lastimarle? ¿Y qué vale tener muchos bienes, si de todo os han de decir mal y hacer ponzoña, sino de mayor pobreza?

PERORATIO

Esta es vuestra querida Valladolid. Os doy este su retrato porque veais «qual he mais excellente—se ser do mundo Rey, se de tal gente!», y no tenéis que infamarla de inconstante, pues primero la dejasteis que ella á vosotros, y de celos; os perseguirían las leyes rigurosas de Marte, mas no los conciertos suaves de Venus, pues aun en ella oigo vuestros suspiros de ausencia, merecedores de no pagarse con ingratitudes á quien no las tiene de vuestra conversación y os espera con los brazos abiertos.

No os ofrezco aquí historia, sino retrato, ni comedia entretenida, sino pintura natural; porque la historia, cuanto es más de persona conocida y tratada, tanto más aficiona y deleita.

Y, así, no hallaréis painel de paisaje, sino de pintura natural, porque no quise entremeter á mi Arcipreste, por no distraer la vista de vuestra medalla, aunque donde se juntan extremos de hermosura, más dificultad causa á Apeles pintar la diosa desnuda, que bien adornada, porque los lirios y flores naturales solamente la mano de la sabia maestra Naturaleza los sabe producir, mas el arte humano ni las alcanza, ni las sabe imitar.

Ved lo que será en quien pintare el espíritu y la viveza del alma y entendimiento, donde él es tan noble como en nuestra Pincia, que el espíritu de una lengua hasta del galgo cansado sólo le puede expresar la desesperación y descuido, y no el cuidado del sabio pintor.

Por donde aceptáis ésta, desnuda de flores exteriores, y sin expresar las naturales, mas como escritas en cifra podéis alcanzar las gracias que yo no supe manifestar, que no hay cosa más sabrosa que estos recuerdos sentimentales, á la vista de un retrato mudo. Y como consentís que por vuestra taza de oro se me esté dando esta ponzoña y que en el libro de vuestras memorias descubra tan tristes recuerdos, quitadme de las manos vuestro retrato y no me consentáis ser desleal, y no resucitar estos cuidados de apariencia y retrato de los vuestros, que me parece que lo ofendo en sacar conceptos tan rastreros de sujeto acostumbrado á pensamientos tan altos

(1) Crisóstomo.

como los vuestros, solamente debidos á estos dos originales.

La verdad es que el mundo no puede dar mayor bien que un buen amigo, pues tiene un privilegio que se puede lograr sin ofender la pureza y la verdad del amor principal, que el cielo guardó para aquellas nuestras amadas y origen de todo el bien que hay en la tierra.

Y vosotros, hermosos ojos que en el puro cristal ó cielo cristalino de ese divino rostro estáis produciendo en las duras entrañas de la tierra el oro de estos cuidados, y en la noche oscura en que me dejasteis estáis con los recuerdos de ese orballo celestial, produciendo en la tosca concha las perlas con que enriquecéis el alma, el aljófar con que henchís el regazo: ahora estéis, en cuanto dura para mí el triste invierno, llevando la alegre primavera á los lusitanos, que no saben tejer las guirnaldas y ramilletes de tantas flores con que enriquecéis sus jardines, ahora tejiendo con el delicado hilo las intrincadas made-

jas, retrato de mis cuidados, ahora teniendo los vuestros en el cielo, lugar solamente merecedor de ellos, ahora con la casta mano contéis los extremos de vuestros merecimientos y mis dolores, ó alivio de todas ellas puesto en la esperanza de vuestra vista y en la semejanza de tanta gloria, y sacaréis la verdad de la pena que padezco. Y permitidme que así como á la salida del verano me oísteis cantar como cisne, ahora, aún en la noche de vuestra ausencia y en el invierno de vuestro apartamiento, comience, como Filomena, con mis quejas, á festejar la primavera, que se me va llegando si el cielo no me envidiase tanto bien.

Finis. Laus Deo.

PINHEIRO DA VEIGA

Trad. de

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).

Lampérez, académico, y la iglesia de San Cebrián de Mazote.

Ciertamente que nuestro socio de honor don Vicente Lampérez y Romea es antiguo conocido de nuestros consocios; los cuales no ignoran los méritos que atesora el ilustre arquitecto, historiador concienzudo de nuestra Arquitectura cristiana. La *Sociedad* no puede olvidar los favores que debe al docto catedrático de la Escuela de Arquitectura, de Madrid; la capital, sus esfuerzos y actividad por conservar un monumento nacional de interés, la iglesia de la Antigua; y la provincia, los estudios que dedicó á algunos de sus monumentos más preciados, como el monasterio de Santa Clara, de Tordesillas y las iglesias de Wamba y de San Cebrián de Mazote. Aún está más en deuda con el Sr. Lampérez, porque el último informe que ha servido de base para la declaración de monumento nacional de la última de las iglesias mencionadas—monumento que por primera vez se estudió por el Sr. Lampérez y por nuestro Presidente,—lleva la firma del entusiasta arquitecto, como primer trabajo académico que presentó á la Real Academia de la Historia, con lo cual reveló una vez más su predilección por estas tierras castellanas.

Unense, pues, dos acontecimientos que nos llenan de satisfacción, y que sinceramente hemos creído tendrían que suceder más pronto ó más tarde; pero, forzosamente, como cosa que tenía que ocurrir irremisiblemente.

Lampérez es académico numerario de la Real

de la Historia. No llevó como méritos superabundantes la investigación de archivos y papeles viejos; no persiguió en sus búsquedas pacienzudas á las cortes de los reinos de la antigua España, ni á los magnates cuyas intrigas asolaron las comarcas y crearon un estado anárquico, á veces; el Sr. Lampérez persiguió,—y ha obtenido grandes resultados,—los monumentos poco conocidos, estudió sus elementos constructivos y decorativos, é hizo más, ha sido el primero que en voluminosa y bien documentada obra, agrupó, clasificó y sintetizó toda la gran balumba arquitectónica de los monumentos cristianos españoles. Eso es también historia.

Entrando la docta corporación en los buenos caminos del progreso moderno, tuvo en su seno á personalidades que pudieran iniciar estudios nuevos, que sumaran sus conocimientos superiores, sobre determinadas especialidades y que contribuyeran á lograr más fructífero conjunto en la Historia patria. Y la Academia no perdió de vista la eficaz ayuda que había de conseguir con concedores del arte arquitectónico español, ilustración viva y permanente del estado social de otros tiempos, reflejado tan diáfananamente en los monumentos.

Por eso el Sr. Lampérez ha entrado en la Academia de la Historia, en la vacante que dejó nuestro otro consocio el meritísimo arquitecto D. Adolfo Fernández Casanova, con sobra de

merecimientos, que aún se harán más patentes en la labor de la docta corporación, á la cual prestará grandes ayudas. La elección del señor Lampérez fué atinadísima, y las enhorabuenas mejor debe recibirlas la Academia que otorgarse al académico.

Dos trabajos lleva presentados el Sr. Lampérez á la Academia, y los dos revelan su interesante labor: El discurso de recepción y el informe para declarar monumento nacional la iglesia de San Cebrián de Mazote.

Del primero de éstos se pueden decir tantas cosas buenas que habría que agotar el elogio. Trató de «Los Mendoza en el siglo XV y el Castillo del Real de Manzanares» y le dió ancho campo para hacer estudio detalladísimo del monumento confiado á su dirección y para mostrar que domina de modo insuperable los detalles de la historia, de hechos y personas, cuando á ellos dedica su atención. El discurso es hermoso, y para nosotros los vallisoletanos tiene hasta el mérito de darnos noticias completamente inéditas de

uno de los monumentos más excelentes de la ciudad: del Colegio de Santa Cruz, monumento que tanto ha sonado en la historia de la Arquitectura española y del que no se ha dicho aún la última palabra.

Más á lo vivo nos llega el otro trabajo académico del Sr. Lampérez. Es muy discreto, muy atinado y tiene la habilidad de que siendo su autor un arquitecto, como tenía que informar en historia, se ciñe muy bien al tema, iniciando solamente problemas que al arte se refieren y que es preciso estudiar cuando la ocasión sea llegada.

La iglesia de San Cebrián se declaró monumento nacional por Real orden de 22 de Julio de 1916, y hay que agradecer al Sr. Lampérez su información, último trámite que faltaba, con la que se ha conseguido lo que ya hace años nos proponíamos varios aficionados á las artes y varios entusiastas de la región castellana.

Eso debemos al nuevo académico.

J. A. y R.

LOS RETABLOS DE MEDINA DEL CAMPO

APENDICE

III

El retablo de San Gregorio en San Antolín.

Al tratar de este retablito expuse mi creencia de que era obra de los finales del siglo XVI, y de ningún modo de Berruguete, á quien se le atribuyó, sin titubeos, Moyano. También dije que sería de cierto interés determinar la familia á la cual pertenecieran los escudos de los lados de la tabla del remate.

Una posterior visita á Medina me ha hecho observar una lápida sujeta en parte al costado derecho del retablito y en parte á la fábrica, y la inscripción bien patentemente demuestra que al retablo de San Gregorio se refiere.

Dice así:

SOLI DEO
ESTA CAPILLA I RE
TABLO DE S GRE
GORIO VOBE
DA SEPVLTVRA
FVNDARON I DO
TARON PEDRO
RºS DE CONTRERAS

Y ENGRACIA DE
M SV MVGER
PARA ELLOS Y SVS
PATRONES Y LLA
MADOS AÑO
DE 1584 AÑOS

No admite, pues, duda alguna: el retablo se hizo, conforme dije, en 1584, en los finales del siglo XVI; y los que le donaron fueron Pedro Rodríguez de Contreras y su esposa Engracia de Medina, pues este apellido supongo sea la abreviatura de la inscripción y no María, como también pudiera parecer.

Ni de uno ni de otro cónyuge poseo noticia alguna, ó no la tengo registrada, por lo menos. El apellido de la mujer, como es natural, fué muy corriente en la villa.

Hay que rectificar también, en consecuencia, lo que insinué de que pudiera haber estado colocado el retablo en otro sitio, en una capilla á la que se acomodara é inscribiera su remate. Indudablemente se hizo para el lugar que ocupa.

JUAN AGAPITO y REVILLA